

LA TRADICIÓN ITALIANA

Por FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA (†) (*)

1.—En mayo de 1962 tuvo lugar en Nápoles un congreso de estudios tradicionalistas. No puede yo asistir, como hubiera sido mi deseo y fue benévola intención de sus organizadores, quienes quisieron no dar de lado a la presencia austera de las Españas del recuerdo; y bien sabe Dios lo siento, porque me hubiera gustado asistir a aquellas reuniones incentivas para machacar en el nervio de la cuestión que nos acucia a los tradicionalistas y que sobre todo debe acuciar a los tradicionalistas italianos de hoy: la esencia de una Tradición italiana.

Bien sé que hablar de semejantes temas desde la tierra adusta de Castilla supone una osadía y un peligro. La osadía opinar en asuntos ajenos a la jurisdicción propia. El peligro que mis palabras, siendo sencillo consejo de hermano en las ideas, pudieran asumir un tono doctoral muy lejos de mis capacidades personales. En todo caso el riesgo, con ser grave, paréceme menor que la complicidad muda de un silencio, cuando mis palabras, eco de las experiencias españolas y nacidas de un estudio apasionadamente amoroso de los temas itálicos, tal vez sirvieran para aclarar algunas ideas.

Por lo demás esta introducción para italianos, escrita así secamente: para italianos, no supone del todo extranjería en la doctrina, como tampoco es a la luz de mi conciencia forastería de sentimientos. Muchos son los hijos de Italia que navegaron singladuras de universales trascendencias en las mismas naves en las que navegaron españoles; mi sangre es, por mitades, napolitanesca y castellana; llevo varios años, muchos, intentando descifrar el enigma que en el Congreso preocupaba: el alcance de la tradición itálica en función de las tradiciones de los pueblos españoles; la tinta que moja mi pluma no es tinta de azules literarios, sino roja como la sangre de los soldados de los tercios de los reyes de Nápoles, en donde mis abuelos napolitanos, flores de itálicos pensiles, definieron la verdad que nos ocupa con la gracia inmortal de los garabatos de

(*) Universidad de Sevilla.

sus espadas imperiales. Una vez más no me siento, de veras extranjero cara a esta Italia dulce como una novia, graciosa como una sirena, sutil como un discreto y férvidamente apasionada como una plegaria en el albor de una jornada de batallas.

No será ni la primera ni la última vez en que italianos y españoles hayamos sentido por comunes los problemas candentes de los hermanos de la península vecina. Virreyes dio Nápoles para gobernar Galicia y Cataluña, virreyes dio Castilla para regir Sicilia o la Cerdeña; cantaron en sus lenguas respectivas las glorias del común monarca poetas en todos los idiomas de aquella monarquía que, guste o no, encarnó en haz de Cristiandad viva las respectivas tradiciones de milaneses y de portugueses, de andaluces y de sardos; cuando las ideas se encendieron en el rumor tenso de las armas, los bandos civiles en las lides intestinas vieron mezclados unos con otros en el afán de la común bandera; los voluntarios italianos liberales de Pacchiarotti pelean en 1823 en Barcelona, mientras el general carlista Josep Borges acaudilla en 1861 en la Basilicata los postreros rescoldos del independentismo napolitano; Gabriele Pepe se refugia en Madrid hace siglo y medio igual que ahora son recibidos con plácemes en Italia los exiliados de 1939. Es que en verdad por ventura la línea divisoria no se ha cerrado jamás, pudiendo decirnos mutuamente siempre italianos y españoles lo que el diputado ultraizquierdista Moreno Guerra proclamaba en las cortes madrileñas el 22 de marzo de 1821: «Nápoles es una parte de España como Cataluña, y debemos auxiliarle... No podemos olvidar que Nápoles es como una cosa propia, todavía está la sangre mezclada entre los de Nápoles y los de Madrid».

Que tal sentimiento de hermandad justifique mi análisis de la Tradición de los pueblos italianos desde mi torre marfileña del Tradicionalismo español.

2.—De aquel congreso italiano de mayo de 1962 ha llegado a mis manos cierto discurso pronunciado por Attilio Morlini di Selva sobre *La tradizione e la genesi del tradizionalismo attuale*, publicado por complemento de la ejemplar revista *L'Alfiere*, donde el ejemplar Silvio Vitale enciende la sola llama de auténtico napolitanismo que yo conozca. Denso de ideas, espléndido de lógica, recio de argumentos: una cabal justificación del tradicionalismo sobre sólidos cimientos filosóficos. Pero a mi ver con una magistralía tan elevada que el disparo, a fuerza de potente y de grandioso, cae por elevación, como dicen los artilleros, más allá del objetivo. Viene a suceder con este enjundioso discurso igual que con aquella portentosa construcción de Julius Evola fundando la tradición sobre los mitos en el espléndido libro que es la *Rivolta contro il mondo moderno* (1), por citar sólo un título del grande maestro romano: que la colosal problemática enriquece la perspectiva con tanta gama de sublimidades como para dejar al margen la cuestión que a mi ver sin embargo atenaza a los italianos de hoy: dónde encontrar una

(1) Milán, Fratelli Bocca, 1951.

fuente viva e inmediata en la que saciar aquella sed de Tradición que el corazón intuye con amores.

Dadas las circunstancias de la Italia próxima y los avatares que ha sufrido la gente itálica en nuestros días no me parece sea lícito andar con efugios, sino juzgo deber del estudioso plantearse enseguida la cuestión latente: ¿es o no es Tradicionalismo el fascismo de Benito Mussolini?

A primera vista parece que el fascismo reniega de la Tradición al eludir la trayectoria histórica; así cuando el Duce escribía en la *Dottrina del Fascismo*: «se ogni secolo ha la sua dottrina, da mille indici appare che quella del secolo attuale è il fascismo» (2); ni nada más antitradicionalista puede concebirse que las doctrinas actualistas incubadas en la filosofía gentiliana, cuando trata de quebrar en un momento dado y sin mengua del impulso de la «spinta» ética, las realidades de la política vecina; tal, por citar también un solo ejemplo, la cadena de objetivación creciente de un «Partito-Stato» que cuaja en un «Stato-Partito», según la concepción mantenida por Sergio Panunzio en su célebre *Dottrina generale dello Stato fascista* (3).

Y, sin embargo, la raíz última del fascismo, lo que transformó en Estado y en movimiento doctrinal coherente aquella furiosa cuanto heroica hazaña de construir de veras una Italia imperial, era de marchamo tradicionalista. Si superamos el ímpetu, por más que Mussolini hubiera soñado hacer de él la médula del fascismo hasta en las postreras arengas del tiempo de la república social, incluso en el dramático testamento del discurso a la guardia nacional republicana en la prefectura de Milán el 23 de abril de 1945 (4); si buscamos el contenido, si más allá de la forma adusta vamos al meollo del pensamiento, encontraremos en el fascismo la tendencia a asentar su tarea sobre la realidad histórica de Italia en lugar de buscar inspiración en los universalismos abstractos, en la libertad rousseauiana o en el materialismo marxista, esto es, el ansia de levantar esquemas ideológicos que arranquen de aquello que sirve de punto de partida a todas las doctrinas del tradicionalismo político: la noción del hombre concreto.

Aquel afán italiano, aquella voluntad de perpetuar las esencias heredadas de los pueblos de la península itálica, aquel profundo sentido de la continuidad nacional que excede a plasmarla en organismo vivo con evidente exceso respecto a la verdadera tradición italiana, son rasgos que definen en el fascismo un anhelo perenne hasta lo tradicional, un ansia constante de transformar el movimiento que en 1919 naciera en Milán con color de mero antimarxismo nada menos que en la encarnación efectiva de la Tradición italiana. Cuando el impulso percibe que para seguir siendo tal debe ser algo más que empuje ciego, Mussolini vuelve el corazón a las tradiciones de su Italia bienamada.

(2) II, 13.

(3) Padua, Cedam, 1939-XVII.

(4) En *I discorsi di Mussolini nella Repubblica Sociale Italiana*. Roma, Tipografia Latina, ss. pág. 62.

El corazón, he escrito con justeza. Porque aquel anhelo tradicionalista no llegó a ser jamás en el fascismo doctrina tradicionalista en virtud de los obstáculos que Mussolini, y sobre sus huellas el entero pensamiento fascista, no lograron superar nunca.

El primero fue la carencia de formación ideológica de aquel volcán que Mussolini guardaba en el cerebro. Viniendo del marxismo, hijo del anticlericalismo romagnuolo, hostil en principio a cualquier perspectiva universalista de tinte católico, combatió al liberalismo y al marxismo con las solas armas que enriquecían su arnés de estudioso: con Renán, con Sorel, con Hegel en definitiva. Entre la médula cristiana, católica, papal, de las tradiciones italianas y el giro de su espíritu garibaldino, socialista y acatólico mediaba un abismo que no acertó a llenar pese al gigante poderío de su poderosa inteligencia. No entendió a la Tradición italiana porque creyó era tradición italiana aquello que constituye su negación más precisa: el espíritu del *Risorgimento*. Los resabios anticatólicos del garibaldismo, la subyugadora majestad de la filosofía hegeliana, la convicción del primado soreliano de la creación política, fueron factores determinantes del hecho indudable de que Mussolini, aun deseándola con apasionamiento, no entendió la verdadera tradición italiana, católica, varia, individualista, ceñida a universalismo en función del Cristo. Hambriento de tradicionalismos, Mussolini no fue capaz de entender la auténtica tradición de las gentes de la península suya.

El segundo motivo estaba en la aparente falta de una tradición italiana. Fragmentada la península en tantos estados minúsculos, gobernados por jefes astutos o tarados de enfermedades, signo de decadencia de raza como ha puntualizado Antonio Archi en *Il tramonto dei principati in Italia* (5), parecía imposible empresa la de encontrar un denominador común donde cupieran al mismo tiempo las memorias vivas del Reino de Nápoles emparejadas con las del minúsculo señorío de Correggio, la república patria de Venecia al lado de los Pío de Carpi, los Médici florentinos al lado de los Varano de Camerino. En aquel mosaico donde la geografía bordaba arabescos imposibles, Italia perdía su unido perfil moderno; por lo que Mussolini, con la impaciencia activa de los genios de la política pragmática, no supo ver más Italia verdadera que la acuñada en las guerras del *Risorgimento*.

De este yerro de perspectiva, maridado con aquella miopía de su descabalada formación intelectual, resultó que Mussolini tomó por tradición italiana el recuerdo de aquella Roma que para los italianos del siglo XX no pasaba de remota y venerada arqueología. Ignorando la tradición católica de Italia dio en soñar la resurrección de la tradición pagana de Roma, midiendo su imperio con la vara del imperio de Teodosio; con lo cual cayó en aquello mismo que negaba: en la irrealidad de un fantástico imposible. Quiso «un'Italia romana» (6), olvidando o

(5) Rocca San Casciano, Cappelli, 1962.

(6) Sobre este texto Guido Bertolotto: *Dottrina del Fascismo*. Milán, Hoepli, 1939, XVII, pág. 3.

desconociendo que entre Augusto y él mediaban nada menos que veinte siglos de un Cristianismo, religión universal cuya sede secular seguía estando en Roma. No vio que la península italiana, durante los últimos siete siglos, ha desempeñado el papel que en el orbe clásico correspondiera a Grecia: el del arte bello en lugar del arte de la guerra, ser vivero de poetas y plantel de artistas, gustar más de la creación de nuevas hermosuras que de conquistas fulminantes. El equívoco del fascismo al reducir la tradición italiana a la quimera dorada y muerta de una tradición romana inexistente cae bajo las palabras agudas del agudísimo Giuseppe Prezzolini en *L'Italia finisce. Ecco quel che resta*: «I romani lasciarono un'impronta nel mondo per aver conquistato ed assorbito molti popoli con la forza delle armi e per un alto concetto della legge; gl'italiani son conosciuti per le loro divisioni, per la debolezza dei loro eserciti, per il carattere, che vari han definito anarchico, di gran parte almeno di loro. I romani ebbero poca originalità letteraria, scarsa attitudine alle arti e, persino nell'architettura, dove lasciaron il medio della loro attività creatrice, furon massicci piuttosto che geniali costruttori. Gl'italiani invece ebbero natura artistica varia ed abbondante e diffusa in quasi tutte le regioni, vivace in quasi tutti i secoli, che lasciò un'impronta unica nel mondo alle città, ai villaggi e persino al paesaggio; una natura artistica risplendente tanto nelle opere degli uomini di genio quanto in quelle degli artigiani. Infine i romani nulla di proprio lasciarono in filosofia, mentre l'ingegno italiano, da San Tommaso a Vico vi pose pietre miliari. Si può dire che per i romani arte, pensiero e religione fossero parte della vita, e che per gl'italiani la vita fu consumata come arte e pensiero e religione» (7).

Por haber vuelto los ojos cargados de añoranzas imperiales a la remota Roma pagana Mussolini olvidó la Italia próxima. Saltó desde el Imperio antiguo al *Risorgimento* recentísimo, barriendo de un escobazo la hazafia universal de la verdadera Tradición de las gentes italianas: la de la gesta órbea de la Contrarreforma católica. Con lo cual el ansia de tradición quedó apagada con un espejismo. Su caminar fue igual al del viajero del desierto: creyó ver palacios sombreados de deliciosos jardines donde en realidad existían montones de seca arena. El afán tradicionalista del fascismo quedó en eso: en afán desnudo.

3.—El problema más difícil para aquilatar el tradicionalismo italiano es superar el moderno concepto de nación. La mentalidad de nuestro tiempo y en especial la que han recibido en los centros de enseñanza las cinco últimas generaciones no concibe con perfiles exactos ni lo universal ni lo patriótico, únicamente entiende lo nacional como cumplida realidad política. Máxime cuando la idea de Italia fue durante siglos ideal de minorías cultas, no sentimiento general de las masas populares; la Italia que nació en el tercer cuarto del siglo XIX fue canción de los poetas, levadura erudita de los humanistas y gusto del idioma toscano artificialmente cultivado por las castas letradas de toda la península mientras los

(7) Florencia, Vallecchi, 1958, pág. 2.

varios pueblos respectivos hablaban lenguas que nada tenían que ver con las cultivadas por esas minorías exquisitas. Antes que vestirse con la camisa roja de los aventureros garibaldinos Italia se ciñó laureles en las meticulosidades de los académicos de la Crusca florentina y fue devoción férvida por aquel Alighieri que sentó al verbo torcano en el trono inmortal de la belleza. Antes de desaparecer históricamente los reinos y los pueblos varios de la península decayeron a degradación de dialectos lenguas tan ricas como el napolitano o como el sardo, aun siendo ésta la primogénita entre todas las del solar latino. Primero que la política, la literatura decretó la muerte de los pueblos italianos.

Quien lea el resto del presente libro en la parte que corresponde al primer texto castellano que al italiano va vertido verá que semejante planteamiento de las variedades populares como signo de retorno a la realidad tradicional es regla que quien escribe aplicó a la península ibérica antes que aplicar a la península italiana. No se trata de romper a Italia en nombre de la Tradición, como no se trataba de romper lo que queda actualmente de España; proclamar como primera raíz del tradicionalismo la realidad histórica, social, cultural, política y jurídica de Cataluña o de Nápoles, de Sicilia o de Navarra, es situarse en la línea de la Tradición auténtica, rechazando la obra demoledora de la castellanización en tierras ibéricas y la del apiamontesamiento en tierras itálicas. Para que algún día resulte hacedero reconstruir sobre cimientos efectivos las tradiciones itálicas o ibéricas es preciso darse cuenta exacta de que ir al hontanar de la historia para reconocer la validez de las diversidades respectivas constituye la primera premisa para saltar a la universalidad desde la concreta verdad que de la historia fluye: esos pueblos cuya personalidad se ahoga en nombre de un nacionalismo que nació al son de los tambores de la revolución francesa para estar ya en la curva del ocaso.

Ya sé que es harto duro reformar las ideas manoseadas y que el nacionalismo es lugar común de nuestros días. Hoy en Nápoles, en el Nápoles bienamado de mis abuelos y de la compañera de mi vida, hablar la lengua recia de Giambattista Basile es signo de vergüenza social, causa segura de desprecio entre las que se llaman «gentes bien» con un modismo que oscila entre lo pedante y lo ridículo; el empleo de un toscano extranjero e inadecuado para las gargantas partenopeas es índice de buena crianza. No con dispar pedantería de aquélla ya señalada por Ferdinando Galiani en el siglo XVIII, cuando hubo quienes comenzaban a empeñarse en dejar de ser napolitanos, cuando aquella minoría renegaba de Nápoles, «quasi si vergognò d'aver parlato» napolitano.

Pero sé también que la claridad es necesaria y para averiguar la sustancia de la Tradición de los pueblos italianos resulta preciso aplicar el mismo criterio que permitió hallar las de los pueblos españoles: afirmar las personalidades sociales para luego unirlos en empresas universales, en nuestro caso común la defensa de la Iglesia de Roma. Esto es, unirlos en Dios en lugar de enlazarlos forzosamente en una lengua o en un sistema de poder centralizado. Sin afirmar la variedad histórica no es posible ser tradicionalista.

4.—La variedad histórica es antes que nada variedad social. La tendencia a la uniformidad legislativa es concepto que nació de las entrañas del abstraccionismo del jusnaturalismo protestante, empeñado en renegar de la efectividad viva de la historia. El pensamiento católico de la Contrarreforma continuado egregiamente por Giambattista Vico, no negó la historia, antes asumió la variedad histórica en la plenitud de sus consecuencias políticas. Niéganla los hijos del protestantismo europeo en la política: el absolutismo del siglo XVIII, el liberalismo del XIX y los totalitarismos del XX. Frente a ellos, la primera cualidad del tradicionalista es rechazar las imposiciones nacionalistas de unos pueblos sobre otros, es siendo castellano postular el cultivo de las sustancias sociales catalanas o vascas, es siendo piemontés propugnar el florecimiento de las esencias sociales napolitanas o sardas. Será verdadero tradicionalista solamente aquel castellano o aquel piemontés que contemplen las personalidades históricas y reales vivas del resto de los pueblos peninsulares respectivos sin pasión orgullosa de imposiciones.

Ello no implica negar la jerarquía de las culturas ni caer en el empequeñecimiento de los idiomas universales de Petrarca o de Cervantes; simplemente recortarlos a su grandiosa función de superiores instrumentos de cultura, sin ensancharlos con reglas de imposición forzada. Las tradiciones de cada pueblo, y es un castellano quien abajo firma, son tesoros comunes, que todos los hermanos debemos cuidar con amor de familia bien habida. El castellano o el toscano serán denominadores comunes, no cantidades exclusivas. La delicia que mi alma de tradicionalista goza leyendo las poesías de Eduardo Pondal en gallego o los versos sardos de Peppino Mereu son el presupuesto imprescindible para entender, con amor de comprensión gozosa, el planteamiento tradicional de las cuestiones culturales o políticas.

Los mayores roces políticos itálicos del siglo XIX vienen precisamente de que los piemonteses con los sardos y los napolitanos con los sicilianos practicaron criterios de imposición. La paulatina piemontesización de la isla de Cerdeña o los ataques a la autonomía sagrada de la de Sicilia son realidades nacidas del uniformismo del siglo XVIII, hijuela del abstraccionismo protestante y antítesis de la Tradición auténtica.

En prueba de ese aserto es significativo el respeto que tuvieron los monarcas tradicionales de las España hacia las legislaciones y por los sistemas políticos autónomos de Cerdeña y de Sicilia en contraste con los ataques con que los mellos y al cabo aniquilan los soberanos de Turín y los Borbones de Nápoles. En los años de verdadera tradición italiana pudo discutirse en aquellas islas el detalle de la aplicación de sus respectivas legislaciones, cosa humana y natural porque los hombres no están tallados en madera de ángeles; mas nadie puso jamás en tela de juicio la existencia de Sicilia o de Cerdeña como reinos independientes. Era el espíritu tradicional que ligó las gentes itálicas con las españolas en el respeto a las peculiaridades de cada haz de los pueblos asociados en viva confederación bajo el signo de la monarquía federativa.

Los sicilianos eran, en palabras de Pietro Gritti, «accarezzati come membro antico di questa Corona». Es que la política de los monarcas sicilianos de los siglos XVI y XVII, esto es la tradicional hispánica antes de la invasión deletérea del abstractismo europeo, fundábase en el respeto a las realidades libérrimas de cada uno de los pueblos constitutivos de la gigantesca monarquía. He aquí cómo la describe Francesco di Stefano en su *Storia della Sicilia del secolo XI al XIX*: «Tutti i parlamenti, all'avvento di ogni nuovo sovrano, ricordarono che se dovere dei sudditi era di prestar giuramento di fedeltà, dovere del sovrano era quello di confermare i privilegi concessi dal predecessore e di concederne nuovi. Anche il vicerè, all'atto dell'insediamento, doveva giurare di conservare e rispettare la costituzione, i privilegi ed i capitoli del regno, ed in particolare quelli di Palermo e di Messina, a secondo della città in cui avveniva la cerimonia. La deputazione del regno, esecutrice delle deliberazioni parlamentarie, vegliava sul rispetto dei capitoli e dei privilegi, aveva la facoltà di chiedere l'annullamento delle leggi che li modificassero, di riscuotere ed amministrare i tributi. Con questi organi e con il Sacro regio consiglio, di nuova creazione, costituito da siciliani, era pur esso organo di garanzia, perche ad esso il vicerè doveva sottoporre le prammatiche da pubblicare, il regno continuò a possedere strumenti validi a difendere l'autonomia. Validissima, tra le altre, fu la prerogativa finanziaria, la quale restò intatta anche quando, col progresso dell'assolutismo e il concorso di altre cause, l'efficacia dell'azione parlamentare in difesa delle altre prerogative andò scemando. Nel corso dei secoli XV e XVI più volte il parlamento rifiutò i donativi sinchè non fu garantita l'osservanza dei capitoli. Il vicerè conte di Prades urtò nella sua resistenza per aver voluto introdurre un dazio gravoso; il vicerè Moncada lo vide implacabile sotto l'impulso dei baroni quando volle imporre provvedimenti di natura economica e finanziaria, senza averlo prima consultato; il vicerè Vigliena, nel 1609, ne sperimentò la potenza per essere ricorso alla forza facendo arrestare i più accaniti oppositori alla imposizione arbitraria di un dazio. Ancora nel 1630 il parlamento votava il donativo solo a condizione che il sovrano concedesse ciò che era siato chiesto "in vim contractus per titolo et causa onerosa, con tutte le clausole più pregnanti e necessarie per la perpetua osservanza", intendendosi "resoluta così lo presenti oblazioni come il contratto", nel caso in cui la grazia che si domandava non fosse tata accordata... Quantunque non parimenti efficace, l'azione del parlamento ebbe la sua influenza anche in materia legislativa. Nel 1538, avendo il vicerè tentato di emanare prammatiche contrarie al tenore ed alla forma dei capitoli, il parlamento stabilì che, se il vicerè vi fosse costretto per necessità urgenti, era tuttavia suo dovere presentarle all'esecuzione delle nuove prammatiche. La difesa dell'autonomia nel campo giudiziario, cominciata nel 1460, l'anno stesso, cioè, in cui l'indipendenza era perduta anche formalmente, continuò per buona parte del secolo XVI. Il parlamento, anche se non fece proposte organiche ed ampie che non poteva e, forse, non aveva interesse di fare, tuttavia, stabilì le competenze delle varie corti, sollecitò e discusse le riforme che si andarono appor-

tando all'ordinamento giudiziario. Lo stesso governo, d'altra parte, si limitò solamente a togliere abusi. Anche negli altri campi il parlamento fece sentire la sua voce, e trattò di materia economica, di riforme scolastiche, di difesa esterna e di integrità del regno, come quando ne impedì la scissione in due parti amministrative, proposta da Messina. Tutti i capitoli, per qualsiasi materia votati da esso, e sanzionati dal sovrano, entrarono a far parte della legislazione del regno. E poiché all'esercizio dei diritti erano garanzie non solo le costituzioni e le leggi, ma anche il possesso degli organi esecutivi, il parlamento espresse sempre energicamente la propria volontà nel richiedere che gli uffici fossero divenuti tali per voto unanime dell'assemblea; e che le cariche ecclesiastiche ed i benefici del regio patronato fossero affidati a regnicoli, "perche è iusta cosa, et convenienti, che li benefici di lu Regnu li gaudano quilli che ci hanno nato, et habitanu". Il parlamento, che sotto il regno indipendente, aveva finito col perdere ogni valore, ridiveniva il punto di convergenza delle esistenti energie politiche, il campo in cui si attuavano i concetti di "regno" e di "nazione"; la sede in cui, sia pur entro certi limiti, si manifestava la volontà dei regnicoli. Sicchè, anche quando lo sviluppo dell'istituto parlamentare si arrestò nel cammino che l'aveva portato ad accostarsi alle istituzioni rappresentative, perche mancò, fra le altre, una delle condizioni indispensabili di esse, cioè la formazione di una classe media indipendente da quelle privilegiate, il parlamento conservò sempre la sua importanza, e fu utile campo all'esercizio della libertà del regno delle quali ottente il rispetto, sia pure formale, da parte anche dei sovrani più assoluti, ma a volte anche sostanziale, come avvenne sotto i viceregni del Pujades e del Peralta, del Prades, del Moncada, del Vega, quando il rispetto delle garanzie costituzionali fu chiesto con estrema energia. La forza della sua autorità variò a seconda degli uomini e delle vicende della monarchia, ma fu, tuttavia, sempre notevole. E se non può negarsi che il parlamento salvaguardò i diritti ed i privilegi del regno anche perchè erano in prevalenza quelli dei ceti rappresentativi e privilegiati, soprattutto del baronaggio, è anche vero che il parlamento si occupò dei bisogni della vita pubblica e, soprattutto, limitò giuridicamente i poteri di un governo straniero (!). Mentre altrove le assemblee erano andate scomparendo, nel regno di Sicilia il parlamento, organizzatosi come un potere ben delineato per opera dei giuristi nobili, ecclesiastici, borghesi, i quali ne determinarono le attribuzioni, sopravvisse operoso perchè fu un istituto che esplicò una funzione rispondente alla realtà isolana» (8).

Con esta larga cita, traída bien que incompleta por fuerza de argumento, explícase el apego de los sicilianos a sus instituciones tradicionales después de haber sufrido ya los ataques del absolutismo de aquellos Borbones franceses, cuyo trágico destino sea en la península ibérica sea en la italiana fue la completa incapacidad para entender las tradiciones de los pueblos que la fuerza o los juegos de los equilibrios internacionales habían puesto bajo su dominio. Apenas cede un

(8) Bari, Laterza, 1948, págs. 128-131.

respiro el absolutismo francés, la fórmula europea que los Borbones introdujeron para nuestro común daño, su único anhelo es retornar a la Tradición que con tanto mimo habían fomentado los reyes de Sicilia cuando eran reyes tradicionales al uso de las Españas clásicas. En el parlamento de 1794 como en el de 1798 su petición es la misma: la confirmación de los capítulos concedidos por los buenos monarcas antiguos, por los que gobernaron según la Tradición siciliana, por Felipe II especialmente (9). Fernando IV, a fuer de Borbón europeizado, atropelló al parlamento en nombre de absolutismos a la francesa e impuso impuestos en contra de las libertades de Sicilia. Aquel día el absolutismo a la europea asesinó a la Sicilia tradicional y abrió la primera grieta de una europeización antisiciliana que va a oscilar, según la mudanza de las modas europeas, del absolutismo al liberalismo, del liberalismo a la democracia de varios colores y de la democracia al marxismo, en desenfrenado desprecio de la Sicilia verdadera.

Otro tanto sucedió en Cerdeña. La práctica regnícola, espejada en los juristas, había definido la autonomía política del reino sardo, apoyada en la existencia de un cuerpo de gobierno independiente y de un parlamento que hasta 1698 tuvo reuniones normalmente regulares en cada decenio. En su *Dissertationum tomus primus* y único publicado del jurista Sácer Pedro Quesada Pilo lo estableció de manera indiscutible (10), en textos que han merecido el alto elogio de la indiscutible autoridad de Antonio Era (11). La ocupación saboyana procuró ir matando las tradiciones de autonomía y libertad sardas tan amorosamente cultivadas por los reyes tradicionales de Cerdeña que fueron al par reyes de las Españas; de la reacción isleña en su apego a las tradiciones propias dice lo bastante la petición que en mayo de 1794 elevaban los sardos a Turín: la restauración del sistema político tradicional de los días presaboyanos, reunión de cortes, confirmación de los privilegios del reino, que los cargos sean reservados a los nacionales, creación de un consejo que cumpla lo que Felipe II quiso fuera la audiencia: freno al poder de los virreyes.

Estos dos ejemplos valgan para señalar cómo también en tierras itálicas se da el contraste ibérico que luego, sobre el modelo de Navarra, va razonado en uno de los capítulos siguientes: el apego de los pueblos a sus tradiciones propias, cómo estas tradiciones fueron víctimas de la europeización, cómo el absolutismo del XVIII preparó el liberalismo del XIX y el marxismo del XX, cómo los pueblos hermanos prefirieron siempre las libertades concretas de la Tradición a las libertades abstractas de la revolución europea hasta que la actuación de Saboyas y Borbones eliminó la solución tradicional para dejar reducida la elección al dilema: absolutismo o libertad abstracta.

(9) F. Di Stefano, *Storia*, 323.

(10) *Dissertationum quotidianarum iuris in Tribunalibus Turritanis controversi*. Tomus primus. Neapoli, ex Regia Typographia Aegidij Longhi, 1662, pág. 206 a.

(11) Antonio Era, *L'autonomia del «Regnum Sardiniae» nell'epoca aragonese-spagnuola*. Padova, Cedam, 1957, pág. 18.

Nuestras historias son paralelas y paralelo es el combate de las respectivas tradiciones de nuestros pueblos contra el abstraccionismo ahistórico que Saboyas y Borbones copiaron de Francia y que continúa el hijo directo del absolutismo: el liberalismo también europeizado, abstracto y antitradicional.

No cabe pensar en un tradicionalismo italiano como no cabe pensar en un tradicionalismo hispánico fijando los ojos en el siglo XVIII; porque al liberalismo o al marxismo no se les rechaza en nombre del absolutismo que los engendró, sino con la bandera de las libertades concretas de nuestras tradiciones respectivas. Para ello resulta imprescindible superar las imposiciones nacionalistas tan en boga en el siglo XIX buscando comprender la realidad multiforme fruto de la historia, cuajada en la personalidad de cada uno de los pueblos españoles o italianos; hay que acudir vichianamente a la historia, rechazando los abstraccionismos de Grocio, el pretendido derecho nacional universal de Wolff, la negación del ayer en la deificación roussoniana del salvaje, la reducción del hombre a un súbdito que obedece o a un número que vota. Solamente así se empieza a andar en la vía de la tradición, cuya buena memoria aún perduraba después de un siglo de europeizaciones a la fuerza en los sicilianos y en los sardos de 1794.

5.—Esa diversidad evidente, oculta sólo de manera oficial por las capas de los nacionalismos artificiales del siglo XIX, tópala el viajero apenas pisa Palermo o Barcelona y aguza los oídos al dialogar del paisanaje. Podrá negarse al catalán o al siciliano, al vasco o al sardo, al napolitano o al gallego, el acceso a las escuelas de primera enseñanza y podrá crearse artificialmente una cultura de minorías; las lenguas vivas, y tras de ellas, el sentido exacto de las perspectivas históricas, aunque opresas, siguen viviendo en populares lozánfas. La realidad de las diversidades tradicionales es exacta y contundente.

Si es así, si el tradicionalista acepta y aplaude las variedades fecundas de la historia en su concepción federalista, ¿qué es lo que ayunta en sólido frente político a las diversidades de los varios pueblos españoles o italianos?

La respuesta es clara; el sentido cristiano de la vida, la continuidad tenaz en el servicio del Cristianismo tal como lo formula el dogma del Catolicismo romano. La obra de la Contrarreforma que fue una negación del protestantismo europeo y el bautismo del humanismo paganizante selló en bloque férreo aquellas diversidades varias y fecundas. Italianos y españoles levantaron en Trento el monumento de su fe en las maneras inmortales que, guste o no, son las nuestra. Aquel nuestro catolicismo fervoroso e intransigente peleó las batallas del Señor y nos dio consciencia de nuestro común destino. Podrán los pueblos ser varios en la historia precisamente porque están unidos en la fe.

Unos reyes, que lo eran en Madrid y en Cállar, en Palermo y en Lisboa, en Barcelona y en Milán, en Lima y en Nápoles, en Goa y en Méjico, abanderaron aquella empresa sabiendo bien que no eran reyes de Castilla, sino de cada uno de sus numerosos señoríos entre sí políticamente bien diferenciados. A veces la coyuntura histórica les llevó a ser, como decimos en mi tierra, «más papistas que

el Papa». Carlos V, campeón del Catolicismo en Mühlberg, no cayó nunca en las servidumbres clericaloides de tantos políticos hispanos o italianos del siglo XX; Felipe II, adalid indiscutible de la fe romana, sabía tener gestos para frenar los abusos del clero, como encerrar obispos en prisiones, que hoy no osaría ni por mientes ninguno de los gobernantes nuestros.

Aquella misma convicción de representar la misión histórica de paladines de la fe les autorizaba para cercenar con mano dura los afanes de demasía de un clero prepotente. Una de las enseñanzas bien claras para la mente de un italiano de hoy al comparar la Italia del siglo XVI con la Italia del siglo XX es la mayor independencia política de los italianos de hace cuatro siglos, no obstante la leyenda negra de las opresiones extranjeras. Porque entonces de hecho, bajo unos reyes como Carlos V o como Felipe II, en paridad con los demás miembros de la gigantesca monarquía, napolitanos, milaneses, sardos o sicilianos tenían acceso al gobierno de sus propios pueblos y aun gobernaban gentes de la península ibérica o del continente americano. Como escribía el sacerdote Francisco Ángel de Vico, que gobernó las Españas como regente del Supremo Consejo de Aragón, en su *Historia general de la isla y reino de Cerdeña*, «la Monarquía del Imperio de nuestro gran Monarca de las Españas se compone de todas las provincias que le están sujetas, y concurren a sustentar su peso con mucha gloria suya, empleando los talentos de ingenio, y hacienda en el acierto, y progressos de sus grandes resoluciones; de aquí es, que la providencia de nuestros prudentísimos Monarcas, empeñan en estos efectos con honras comunes a todos los sujetos de su Monarchia, sin distincion de naciones para escusar la imbidia, o tibieza que pudiera causarles la singularidad de los honores, siendo comunes los cargos» (12). Para una magna política universal servían a sus reyes en gobiernos o virreynatos, contrapie de que castellanos o catalanes vinieran de virreyes o de gobernadores a tierras italianas. Gobernados los pueblos de Sicilia, de Milán, de Nápoles o de Cerdeña por sus reyes naturales, es absurdo hablar de dominación española, porque con pareja razón pudieran llamar los catalanes o los gallegos dominación napolitana a la existencia de numerosos virreyes de origen partenopeo.

Mientras que hoy hasta la más reciente crisis de gobierno, que trajo aparejada la orientación general de la política de la república italiana, pende de la orientación que le señalen desde fuera desde el Vaticano o desde Moscú. Italia es en 1963 el campo de batalla donde pelean la Iglesia Católica y el comunismo soviético, versión agudizada y actual de las luchas de güelfos contra gibelinos. Sea cualquiera el rumbo del porvenir italiano, los hilos de la trama engarzan fuera de Italia, con una concepción de la independencia política que no es precisamente la que podían tener los italianos del siglo XVI.

6.—Sobre este puente de la variedad histórica y de la cruzada misionera en pro del Catolicismo romano está asentado el castillo roquero de la Tradición de Italia.

(12) Barcelona, Lorenzo Dou, 1639, tomo I, folios 78 d - 79 a.

Acudir a Roma resucitando una paganía más que muerta o enarbolar garibaldismos anticlericales es ignorar la clave de la Tradición italiana, igual que la española sustancialmente católica.

Por un pasar de extremo a extremo tan típico de los hombres latinos, italianos y españoles oscilamos entre los excesos de la religiosidad y de la antirreligiosidad. Como dijera agudamente Agustín de Foxá para los españoles, y el dicho es válido también para los italianos, solemos ir siempre tras del clero: unas veces con cirios en las procesiones, otras con latas de gasolina para quemar las iglesias. El justo medio de un catolicismo sin clericalismos abusivos no anticlericalismos negadores lo da solamente la Tradición auténtica cuando el orden social une sólidamente la diversidad histórica en la común hazaña de la catolicidad militante. En la Tradición de nuestros pueblos no hubo ni diablos ni fariseos: sencillamente católicos.

Igual que tampoco se conocían los nacionalismos opresores de las realidades de los pueblos menores, sino simples hegemonías culturales que respetaban las realidades vivas de cada cuerpo social. Lo universal venía de la visión católica en el mundo; lo concreto de las instituciones de cada uno de los pueblos integrados en la gigantesca monarquía católica de los reyes de Sicilia, de Cerdeña y de Nápoles, duques de Milán y marqueses del Finale.

En aquellas Italías del siglo XVI está la clave de la Tradición italiana, salvadas las circunstancias de la jefatura política. La península itálica por un lado, la ibérica por otro, pueden resucitar en sus paralelas tradiciones bajo diversas capitánías en la certeza de la misión común de nuestros pueblos todos. Tendrán nombre diverso; podrá ser el de la Latinidad u otro parejo. Pero el nombre es lo de menos. Lo importante es que los pueblos españoles y los pueblos italianos adquieran, cada cual por parte suya, la certidumbre de la realidad histórica de cada uno junto con la pasión segura de la común empresa que ya, en otras circunstancias, desempeñaron durante la Contrarreforma, antes de que unos nefastos Borbones vinieran a afrancesarnos en Nápoles como en Madrid.

El ayer no retorna exacto, pero la historia está compuesta de avatares paralelos. Es preciso sacudirse las europeizaciones sucesivas: la absolutista, la liberal, la marxista. Es necesario volver a la sustancia propia, dando de lado al uniformismo castellanizante de Felipe V y al uniformismo a la piemontesa del *Risorgimento*. Es imprescindible recobrar la consciencia de nuestro destino universal de paladines del Catolicismo, de soldados del Cristo en cruzada misionera. Variedad realista y universalidad católica: esa es la Tradición de las Italías como es la Tradición de las Españas.

Es hora de entender lo que no entendieron los Borbones franceses que abrieron las puertas a la europeización nefasta.

7.—¿Qué posibilidades tienen estas ideas, que son las verdaderas ideas nuestras, de españoles y de italianos, en 1963? ¿Son quimeras fantásticas o bandera de ilusiones posibles? ¿Somos profetas del mañana, políticos de hoy o incorregibles arqueólogos que desentierran cosas muertas?

A primera vista las circunstancias parecen distintas, ya que en la península Ibérica existen grupos leales a la Tradición activa, cosa que en Italia no sucede. Mas bien mirado, no son tantas las distintas circunstancias. Tanto en Italia como en España existe un partido de cuño o herencia fascistizante, la Falange y el *Movimento Sociale*, con vocación tradicional aunque sin ideales tradicionalistas. El destino de la Falange en un régimen liberal sería parecido al del *Movimento Sociale* en la Italia republicana. Ambos están bajo la tenaza del dilema ineludible: o hacen suyos los ideales de las respectivas tradiciones españolas e italianas, con todas sus consecuencias; o entran en el juego de los partidos para constituir un grupito parlamentario más, condenados a tristes apéndices de las correspondientes democracias cristianas. Ya de hecho el *Movimento Sociale* está condenado, apenas concluyan las añoranzas fieles de sus miembros actuales, a desaparecer en el seno del mayor partido liberal, una vez agotadas sus posibilidades prácticas de sostener un Gobierno Tambroni más o menos transitorio.

Solamente podrá salvarle de tan triste destino llenar el vaso de sus recuerdos con los ideales tradicionalistas, corrigiendo los errores de Mussolini acerca de la auténtica Tradición italiana. Si continúa en el empeño centralista, risorgimentale y liberaloide que hoy le caracteriza, igual al partido liberal en doctrina cuanto en táctica, acabará dejándose absorber por éste, que siempre resulta más cómodo porque sustenta idénticos programas sin suscitar los recelos que su neofascismo provoca. Reencontrando la verdadera tradición italiana reencontraría su destino histórico, el que intuye con el corazón y se empeña en enterrar en el lodazal de los parlamentos democráticos.

Por lo demás, las empresas no se miden por el éxito. Dios no abandonará a los suyos. Y en el peor de los casos, si nos niega ver el triunfo con los ojos de la carne, siempre resta la paz de la conciencia de haber cumplido el deber del día nuestro, muriendo como murieron nuestros abuelos: sin ceder.